

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

Hay fuerzas poderosas que nos impiden comprometernos plenamente con nuestra propia recuperación como familiares y amigos. El temor nos dice que si soltamos nuestro afeite, todo se desmoronará. La culpa nos susurra que nosotros de alguna manera causamos la adicción de otra persona o no logramos prevenirla. El sigilo nos convence de ocultar la verdad de lo que pasa en casa. Estas estrategias de afrontamiento pueden habernos ayudado a sobrevivir en las temporadas difíciles, pero con el tiempo nos pueden dejar exhaustos y espiritualmente secos. Lo que empieza a cambiar nuestra situación no es el control, sino la esperanza.

La Segunda Lectura de este domingo arraiga esa esperanza en algo muy sólido (Romanos 5:1-2, 5):

Hermanos: Ya que hemos sido justificados por la fe, mantengámonos en paz con Dios, por mediación de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido, con la fe, la entrada al mundo de la gracia, en el cual nos encontramos; por él, podemos gloriarnos de tener la esperanza de participar en la gloria de Dios. La esperanza no defrauda, porque Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él mismo nos ha dado.

La esperanza no depende de las decisiones de otra persona. Reposa en el amor de Dios vertido en nuestros corazones. Para los familiares y amigos, esa distinción es vital. Puede ser que hayamos creído que la paz solo llegaría cuando nuestro ser amado tuviera un cambio. La recuperación nos enseña que la paz inicia cuando permitimos que Dios se encuentre con nosotros en nuestra propia sed.

El Evangelio de este domingo presenta una poderosa imagen de lo que es esa sed (Juan 4:7-9, 13-15):

Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dijo: “Dame de beber”. Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le contestó: “¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”... Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna”. La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir hasta aquí a sacarla.”

La samaritana se presenta con una historia complicada y con un corazón reservado. Jesús no la culpa. Él pone en evidencia su anhelo más profundo. Muchos sabemos lo que es regresar una y otra vez al mismo pozo, esperando recibir tranquilidad, control o validación. Sin embargo, esos pozos a menudo nos dejan de nuevo con sed.

La recuperación nos invita a reconocer que nuestro anhelo es, en última instancia, de naturaleza espiritual. Deseamos seguridad, claridad y alivio de la ansiedad. Cuando empezamos a compartir con honestidad en las juntas y encontramos comprensión en lugar de juicio, la esperanza crece. Nos damos cuenta de que no estamos solos y que no tenemos que arreglarlo todo nosotros mismos.

La mujer deja su cántaro y narra lo que le ha ocurrido. De la misma manera, nuestra disposición para decir la verdad sobre nuestro temor y agotamiento se convierte en una fuente de esperanza para los demás. No podemos cambiar el camino de otra persona, pero sí podemos permitir que Cristo transforme el nuestro.

La Cuaresma nos invita a examinar a qué lugares seguimos regresando a buscar alivio y a saciar esa sed. El agua viva que Jesús ofrece no depende de los resultados. Es una fuente constante de paz arraigada en el amor de Dios. Al recibir ese regalo, descubrimos que nuestra recuperación importa y que la esperanza puede florecer incluso en circunstancias inciertas.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has experimentado en tu propia recuperación que la esperanza crece, aun cuando las circunstancias no hubieran cambiado?
- ¿En dónde siguen influyendo el miedo o la vergüenza en tu manera de responder a los conflictos de un ser querido?
- ¿Cómo entiendes el buscar agua viva para ti mismo en lugar de intentar manejar la sed de otra persona?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Éxodo 17:3-7

SAL. RESP. Salmo 95:1-2, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA Romanos 5:1-2, 5-8

EVANGELIO Juan 4:5-42

